

los siglos sin que una tribu salvaje salga de la barbarie por sus propios esfuerzos, han debido necesariamente estas escuelas colocar la cuna del humano linaje á inaccesible distancia y reivindicar para el hombre una antigüedad incommensurable.

»Hemos probado invenciblemente la inutilidad y por consecuencia la falsedad de esta inmensa duración que se ha creído necesaria para explicar el paso del estado salvaje al de civilización, estableciendo de un modo cierto los grandes hechos que nos creemos autorizados para considerar como el resultado preciso y cierto de una experiencia solemne que para nuestros adversarios es un deber imperioso. El hombre fué creado en estado de civilización y la Sagrada Biblia está en lo verdadero cuando nos muestra al hombre, saliendo de las manos del Creador, en el pleno ejercicio de sus facultades físicas, intelectuales y morales. La primera condición del hombre ha sido la civilización, y para el salvaje abandonado á sí propio, el paso de la barbarie á la civilización es en todo rigor imposible. Resulta del examen de todos los hechos conocidos y del testimonio de todos los hombres competentes que no estén prevenidos como Schelling y otros muchos, que no hay barbarie que no sea el resultado de una civilización extinguida. Las tribus nómadas y salvajes han vuelto á una vida casi animal, porque circunstancias imperiosas les han hecho perder hasta el recuerdo de los elementos esenciales á toda tribu civilizada. Algunos descendientes de Noé, por ejemplo, cayeron en el estado salvaje, porque después de haberse confundido las lenguas y dispersado los hombres se hallaron separados de todo centro activo de ciencia adquirida y de todo conocimiento tradicional. Para los pueblos salvajes la civilización debe siempre venir de fuera; así las tribus errantes de las Galias y de Dinamarca fueron civilizadas por los Fenicios que el comercio del cobre ó del ámbar conducían hacia las playas del Mediterráneo ó del Báltico. Abandonado el hombre de nuevo á sus propios recursos y lanzado á la vida nómada, fuera de todo trato y contacto con sus hermanos, concluyó por diferenciarse muy poco de los brutos.

»En resumen: la neo-antigüedad del hombre está ya rigurosa é invenciblemente establecida por la refutación del sistema aventurado del origen de las especies; por haberse patentizado la unidad de tronco ó de origen adámico de todas las razas humanas que provienen de los tres hijos de Noé, siendo semíticas, jaféticas ó chámicas; por la absoluta imposibilidad del estado salvaje como condición primera de la humanidad; etc. (1).

(1) Acerca de si las razas humanas provienen de los tres hijos de Noé, oigamos al R. P. Eduardo Llanas en la 6.ª Conferencia dada el 14 de abril de 1878.

«Es verdad que la manía que los modernos tenemos por las clasificaciones nos había acostum-

»Esta verdad cierta, *à priori*, no ha sido negada ni oscurecida por los descubrimientos de la arqueología, de la geología, de la paleontología, ni de ninguna otra ciencia, y todos los esfuerzos intentados de veinte años á esta parte por adversarios tan numerosos como encarnizados no han podido destruir el brillante resumen que un observador competente, el mismo creador de la paleontología, el gran Cuvier, hacía de estos mismos hechos al terminar su laboriosa carrera: *Por todas partes la Naturaleza nos habla el mismo lenguaje, por todas partes nos dice que el orden actual de las cosas no se remonta muy alto, y, lo que es más notable, por todas partes el hombre habla como la Naturaleza. Ya sea que examinemos las verdaderas tradiciones de los pueblos, ya que consultemos su estado moral y el desarrollo intelectual que tuvieron en el instante en que comienzan sus monumentos auténticos... La cronología de ningún pueblo no alcanza más allá de tres mil años.*»

Los salvajes, dijo el Conde de Maistre, no son la humanidad primitiva, sino la humanidad degenerada.

Dios ha dado al hombre el uso de la palabra, para lo cual está provisto de un órgano especial y apropiado, con todas las condiciones necesarias para el objeto á que está destinado. La laringe en todos los seres humanos presenta un órgano vocal superior á todos los instrumentos musicales conocidos.

Bajo otro punto de vista, el hombre se ha envilecido por un espíritu egoísta, mercantil é inhumano. Inspirado por la sed de riquezas que le devora ha tenido en esclavitud á sus hermanos, y aun pretende subyugar, contra los preceptos del Evangelio, al látigo y á los grillos á la raza negra, buscando en la ciencia de la Naturaleza diferencias antropológicas que autoricen su despótico dominio sobre los seres á quienes Dios le dió por hermanos. Causa extrañeza que profesores ilustrados como los señores Moston, Nott, Gilddon... hayan defendido la esclavitud y que la hayan amparado con sus talentos. Oigamos lo que decían los sabios naturalistas rusos Van Baer y R. Wagner en su *Informe en Göttingue* (1861): «El público se engaña cuando considera que la ciencia está

brado á dividir á la humanidad primitiva en tres grandes razas, que ni punto de contacto entre sí tenían: la raza aria, la raza semita y la raza turania. Suponíamos que estas tres razas tuvieron desde un principio distinto idioma, distinto culto, distintas aptitudes y costumbres, y tradiciones y aspiraciones distintas. Á estas tres grandes razas hacíamos corresponder las descendencias de los tres hijos de Noé, que sobrevivieron al universal diluvio. Á la vista del mapa demostrábamos los países que cada una de esas razas había habitado desde los principios históricos; añadíamos la parte del mundo que cada una de ellas en la actualidad está ocupando. Pero hoy, dados los adelantos de la etnografía en general, y en particular de la asiriología, es imposible sostener esa trinidad de razas, desde que hallamos á las tres confundidas en el Asia central y occidental ya en el primer período histórico, desde que sabemos que los arios y los semitas de la historia son hijos de los turanios, y que éstos se refunden primitivamente en el pueblo acadio.»

siempre llamada á construir, siendo así que con harta frecuencia la vemos que destruye; y esta falta conviene sobre todo á la antropología comparada, que emite proposiciones acerca la evolución del hombre y su origen sin disponer de suficiente número de datos y observaciones.... Nos permitiremos preguntar, continúan dichos profesores, si suponiendo la existencia de muchas especies como origen del linaje humano, se han apoyado para ello en los conocimientos positivos que poseemos sobre las razas de los animales domésticos, ó bien si se han dejado arrastrar por la idea, *que el negro abatido por la esclavitud, difiere esencialmente del europeo, del homo Japheticus de Bory de Saint-Vincent, específicamente y quizá para negarle las ventajas y los derechos de los europeos.* Hombres serios y muy sabios han expuesto con frecuencia las razones zoológicas que combaten esta opinión; pero aún está muy lejos de haberse destruído totalmente, porque estas razones no surten el mismo efecto en ciertas personas, que creen debe existir una diferencia específica entre el negro y el europeo... Esta opinión, tan contraria á los principios de historia natural, ¿no será un medio inventado por los anglo-americanos para calmar su conciencia?... etc.»

Mucho ha chocado á algún filósofo contemporáneo que la familia de Sem en 70 años se hubiese aumentado en Asia, á donde fué destinada de orden de Noé, á muchos centenares de individuos, después de haberse establecido en las llanuras de la Mesopotamia. El ilustre Doctor señor Shuckford, según sus cálculos, dice que en cada uno de los reinos que los Padres de la escuela griega hacen subir á 72 cuando la dispersión, sólo tendrían unas 22 personas entre hombres, mujeres y niños. Perdonen estos buenos señores, y especialmente el honorable señor Shuckford, que aquí, como en todo lo que se relaciona con el transformismo, ya que no esté exagerado, observamos una notable omisión. Los años que pasaron hasta que las tribus descendientes de los hijos de Noé, ya muy numerosas, se reunieran en las llanuras de Sennaar para levantar el monumento que se llama aún Torre de Babel, *no fueron setenta y si CIENTO CINCUENTA.* Esto sólo sería suficiente para destruir el argumento.

Nosotros respetamos la opinión de este sabio y la de todos aquellos que piensan por el estilo; pero sólo les recordaremos lo que ha consignado C. Darwin, y consideramos que esta opinión no será rechazada, ni mucho menos puede ser dudosa para aquellos críticos. Pues bien, el mismo autor de la selección natural y de la transmutación al hablar de la *razón geométrica del crecimiento*, entre otros ejemplos, dice: «Aun el hombre que es lento para reproducirse se duplica en 25 años, y en esta proporción en menos de mil años su descendencia no tendría materialmente sitio en el mundo para estar de pié.» ¿Qué número de individuos no reuniría la familia de Noé en los 150 años? Se-

gún los cálculos del señor de Wallace, que por cierto tampoco será sospechoso á los monistas científicos de nuestros días, un matrimonio en el espacio de 13 periodos que comprenden 433 años y un tercio, pueden reunir una descendencia representada por 24,376 personas. Véase, pues, como aquello de las 22 personas es otro error imperdonable. Nos parece inútil extenderse más para probar que al edificar la Torre de Babel, de que hablan las Escrituras sagradas, había



Dispersión del pueblo.

en la familia asiática un número de individuos muy respetable, suficiente para dispersarse por la faz de la tierra, y difundir las lenguas, que todas provenían de un tronco común, según han demostrado la etnografía y la lingüística. Y, en verdad, que estudiando este problema no nos será difícil explicar el estado salvaje del hombre después de esta dispersión, que se ha querido colocar en los tiempos fabulosos que se designan con el pomposo título de prehistóricos.

En los países vírgenes la población se multiplica de una manera prodigiosa;

así, según Müller, si la población europea necesitó cinco siglos para doblarse, en la América septentrional este mismo aumento se realizó en el corto espacio de tiempo de veinticinco años. Este principio corrobora más y más lo consignado en la Escritura sagrada.

Ultimamente, las reglas fundamentales de todas las lenguas, ha dicho un sabio de nuestros días, por cierto muy poco afecto al Catolicismo, á pesar de su diversidad, son unas mismas, porque el espíritu humano que las formula es uno, igual é idéntico.

Es innegable que entre las excelencias que enaltecen al linaje humano se halla el lenguaje, con que expresa sus ideas y pensamientos elaborados allá en su espíritu racional; empero no deja de ser notable y misterioso también ese otro medio de que se vale el alma para expresar sus afecciones, sus sentimientos, sus alegrías, sus pesares y el conjunto de todas sus concepciones. Parece que el hombre, no pudiendo pronunciar con palabras todas las ideas que manifiestan la serie continuada y veloz de las concepciones de su espíritu, acude instintivamente á la *mímica* para manifestarlas. Al propio tiempo su pronunciación es entonces más rápida, hasta el punto que muchas veces esta misma pronunciación se hace imperfecta é incompleta; en este caso suple con los brazos y las manos, con las inflexiones del rostro, hasta con gestos, los medios de hacerse comprender y expresar con más prontitud lo que siente su alma racional. Este lenguaje figurado ó *mímico*, propio y exclusivo del hombre, como hace poco decíamos, se halla en todos los pueblos, en todas las razas, y es hijo de la inteligencia que Dios le ha dado. Bien podemos asegurar que no hay animal alguno en el que se reconozca la facultad de expresar los conceptos por medio de signos y movimientos naturales, ejercidos sobre nuestro organismo por una potencia motora que los dirige para dar á conocer ideas concretas, pensamientos elevados y objetos determinados, donde el sistema muscular y el nervioso obedecen sumisos las manifestaciones del alma. ¿Cuándo comenzó el hombre á emplear estos signos, flexiones y gestos? El lenguaje mímico ¿fue anterior ó posterior al mono-silábico? ¿Pudo con la mímica expresar ideas rudimentarias, simples aspiraciones ó conceptos inarticulados formados de una sola sílaba?... Además se conocen otras expresiones que el hombre ha inventado para manifestar sus ideas, como los jeroglíficos, y en ello encontramos otra prueba de que el salvajismo del hombre, tal cual se admite por los positivistas, es un mito.

La *exploración de las cavernas* y grandes oquedades ha sido otro de los estudios que, si bien algunas veces exagerado en los detalles y descripciones, ha suministrado, no obstante, multitud de datos para ilustrar esta grave cuestión de la antigüedad del hombre. El señor Esper ha reconocido muchas ca-

vernias de Austria y en particular una de Baviera llamada Gailenreuth, la descripción que ha dado Buckland de la caverna de Kinklake, la del señor Tournal respecto de la de Aude, los detallados estudios que presenta el señor Christol sobre las cavernas de Poudres y de Souvinarques, las dos reconocidas en Bélgica llamadas de Engis y Enghihoul, los detalles que da el señor Goly acerca de la caverna de Nabriguas, los descubrimientos realizados por los señores Kemp, próximo á Londres, los de Juan Frère en Hloxine y los de Aimé Boué, junto con los constantes y repetidos trabajos que con tanta asiduidad había emprendido el laborioso é infatigable señor Boucher de Perthes, robustecidos á la vez con los hallazgos de los señores Godwin Austen en Kent-Hole, de Lund en los antros del Brasil y de Henry en el de Kent, debieron ilustrar el difícil y complicado problema sobre la antigüedad del hombre en la Tierra. Los cráneos con distintas dimensiones de las que son propias del europeo, el hombre fósil de Denise y varios restos de animales perdidos ó extinguidos, parece que apoyaban la antigüedad que se le había señalado.

Causa admiración, en verdad, la serie no interrumpida de hallazgos y descubrimientos que todos los días se publican para atestiguar con nuevos datos las teorías é hipótesis establecidas con aquel objeto. En una de las cavernas de Baousse-Roussé, situada en las orillas del Mediterráneo, llamada Cavillón, encontró el señor Rivière un esqueleto humano que supone debió pertenecer á la época cuaternaria. Tanto en este hallazgo como en otros realizados por Pruner-Bey en Cro-Magnón y en Solustre se niega que el hombre primitivo tuviese el cráneo pequeño. Recordamos que hará como sesenta años, se decía que el hombre había degenerado, y se enseñaban huesos hallados en antiguos sepulcros ó al estado fósil, cuya magnitud y señales daban á conocer una raza superior á la actual. Hoy acontece todo lo contrario; las hipótesis de la evolución, del transformismo y de la transmutación necesitan y exigen espacio y tiempo, y muchos de los geólogos y paleontólogos no titubean en proporcionar ambos factores.

Para esta evolución hacen falta ahora cráneos pequeños, y semejantes restos humanos que manifiesten inferioridad de raza y ofrezcan menos desarrollo que los actuales, no han de faltar, por cierto, para que puedan compararse y medirse: ¡qué digo! se han encontrado ya, y están también medidos. Sin embargo, en este tortuoso camino, en ese complicado laberinto nos hemos engolfado llenos de fe científica, nos hemos entusiasmado como niños á quienes se les da nuevos juguetes, sin recordar que el mundo que habitamos, á pesar de ser un punto imperceptible en el espacio, ofrece sus dificultades y peligros para ser explorado, y que las medallas huesosas, los antropólitos que se toman como testigos de lo pasado son insignificantes por el número y demás con-

diciones anatómicas y fosilíferas. La idea de una raza gigante es muy antigua, los hindus la conocieron y en el *Rámáyana* un brahmán incita á Ráma para matar á una giganta. En las Escrituras sagradas se habla de ellos, y David mató á Goliat.

La antigüedad aceptó como verdadera la existencia de una raza gigante, famosa por su fuerza y corpulencia, y sobre todo por su impiedad y soberbia. Estos seres si acaso existieron, fueron antediluvianos, esto es, prehistóricos en el sentido católico, y los que se dan á conocer en los pueblos asiáticos tuvieron una estatura extraordinaria.

Los señores Marcel de Serres, Hamy y otros sabios, han hecho notar que la presencia de los antropolitos mezclados con huesos de hiena, oso, rinoceronte, elefante, etc., no prueban la existencia del hombre en este período, porque pudieron estas mezclas ser el resultado de fuertes corrientes de agua que los confundieran, los desordenaran y los dislocaran y sobre todo del Diluvio universal. El señor de Hamy opina, que las excavaciones que se practican en las cavernas y luégo se anuncian con inusitado estrépito, no merecen completa fe científica. Ya el gran Cuvier decia con razón: «Se ha hecho mucho ruido de algunos años á esta parte con ciertos fragmentos humanos hallados en las cavernas huesosas de nuestras provincias meridionales; pero basta que se hayan encontrado en las cavernas para que entren en la regla general.» Esta regla consiste, en que estos restos humanos no se encuentran entre los fósiles propiamente dichos. Cuvier también opinaba que la acción de las aguas producía todas estas mezclas huesosas.

En España también hemos dedicado á los descubrimientos prehistóricos nuestra atención, y profesores ilustrados en el estudio de la geología, de la paleontología y de la prehistórica se han ocupado de esta clase de conocimientos; esto sin contar con otros *partidarios* de estos estudios arqueológicos, que sin otros auxilios que su entusiasmo y llenos de fe al leer las fantásticas descripciones que del extranjero venían, han reconocido algunas cavernas y antros, que como dicen, coronaron sus aspiraciones, y les suministraron, según ellos creyeron, nuevos datos y elementos para la resolución del difícil problema que estamos examinando, la antigüedad del hombre. Los nombres entre los primeros de los respetables profesores señores Prado, Sanahuja y Tubino, los de Schulz, Mitchana, Murgia y Vilanova, entre otros, han venido á aumentar los de Beuter, Marín, Mendoza, Torrubia y Torquemada, que en épocas anteriores no habían sido extraños ni indiferentes á tan importantes como trascendentales investigaciones. Nada decimos de aquellos *aficionados*, que, en general, han ocasionado más perjuicios que utilidad científica.

En una pequeña parte de la provincia de Granada y en otra insignificante

porción de las de Jaén, Córdoba y Almería, que forman una extensión de terreno de poca importancia de Andalucía (1), se han dado á conocer, muy á la ligera, por cierto, por el Doctor Señor Don Manuel de Góngora y Martínez algunas cuevas ó cavernas. Entre ellas ocupan un lugar preferente las llamadas de los *Murciélagos* y la de los *Letreros*, situadas en la primera y última de las indicadas provincias; cuyas superficiales descripciones están consignadas en una *Memoria ó Libro* que publicó con el ampuloso título de *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. Estas descripciones no nos merecieron confianza alguna, según daremos á conocer, ni debieran llamarse jamás *antigüedades de Andalucía*.

Parecía, en efecto, que no quedaba la menor duda entre los sabios, y que de común acuerdo fijarian definitivamente la antigüedad del linaje humano. Nuevas y repetidas exploraciones presentaron otros muchos datos, y los sílex con formas y figuras que parecían trabajados de un modo tosco por la mano del hombre primitivo, unidos á los de hueso, madera, metales y otras sustancias; las osamentas humanas, los antropolitos, mezclados con restos fósiles del mammoth, del rinoceronte, del hipopótamo, del ciervo de grandes astas, del reno, del elefante primígeno... etc.; animales todos extinguidos (exceptuando el reno y el hipopótamo), junto con las brechas huesosas, los antropolitos y con los notables restos que el señor Lartet dió á conocer de la célebre caverna de Aurignac, todo robustecido con las opiniones de muchos sabios, entre otros las de los señores Falconet, Prestwich, Ewans, De Serres, Lyell, Wyatt... etc., parecía, repito, que la época de la aparición del hombre sobre la Tierra era un problema resuelto. La coexistencia del linaje humano, decían, con los animales antediluvianos, es un hecho incontestable, y aseguraban con datos bien estudiados, que sin escrúpulo alguno ni infundado temor, se podía fijar este primer asiento del hombre sobre la corteza terrestre antes del período glacial, es decir, al comienzo de la época cuaternaria. En verdad, que la mayor parte de los hallazgos y descubrimientos presentados vienen en apoyo de esta opinión, según dicen sus autores, y las investigaciones del Doctor señor Garrigou en las cavernas del Tarascón, Lombrives, de Lherm, de Bouicheta y de Mac-d'Azil, verificadas por el mismo profesor, así parecen atestiguarlo.

Sin embargo, el mismo señor Francks es de opinión, que las cavernas de

(1) La Andalucía está dividida en ocho provincias, que son: Almería, Granada, Jaén, Málaga, Cádiz, Córdoba, Huelva y Sevilla; las cuatro primeras forman la Capitanía General de Granada, y las otras cuatro la de Sevilla, que lleva el nombre de Capitanía General de Andalucía; en cada una hay Audiencia y Universidad, y tanto las Capitanías Generales como las Audiencias y Universidades tienen su asiento en Granada y Sevilla que son las respectivas capitales.

Inglaterra fueron habitadas solamente al terminar la ocupación romana, y quizá los bretones-romanos se refugiaron en ellas durante la invasión sajona; y Diodoro de Sicilia había dicho, que en su tiempo los habitantes del golfo arábigo vivían en cavernas y según Strabón lo mismo sucedía á muchos pueblos de Cerdeña. En medio de tantas opiniones y pareceres diversos y de algunas otras que tenemos aún que indicar, la ciencia prehistórica ha buscado en la arqueología, en la paleontología y en estas llamadas *industrias primeras del hombre* sus clasificaciones. El periodo que llaman *Troglodito*, cuando el hombre habitaba las cavernas, también ha servido para una clasificación científica, nombrando como tipo aquellos antros más caracterizados; estas mismas cuevas sirven unas veces de refugio ó albergue y otras de sepultura, ó para ambas cosas según conviene. No debemos extrañar que hombres doctos, que profesores ilustrados y serios disponiendo de gran copia de datos, den sus filosóficas razones para combatir ó modificar lo que otros, no menos ilustres y respetables, han llamado delirios de *imaginaciones excitadas y de talentos sobresalientes consagrados á conocer el origen del hombre y su naturaleza física*.

Sir John Lubbock ha dividido la arqueología prehistórica en cuatro épocas; Flower tiene también su clasificación; Rougemont la ha presentado acerca del bronce, que ha sido puesta en duda por Rossi; hay otra debida á Bourlot, la de los galos inventada por Lartet, y en fin, en Dinamarca distinguen la del hombre del *pino*, la de la *encina* y la del *haya*. Algunos arqueólogos han tomado como punto de separación entre lo histórico y lo prehistórico la renombrada guerra de Troya. Antes de este acontecimiento la humanidad parece que recorrió cuatro periodos diferentes de progresivo desarrollo; á saber, edad paleolítica, edad neolítica, edad de bronce y edad de hierro. Otros dividen la edad paleolítica ó de piedra en cuatro, según el pulimento de los sílex; y algunos admiten varias edades que llaman del oso de las cavernas, del mammoth y del rengífero.

¿Cómo se puede asegurar que los diferentes pueblos que han vivido en la superficie del globo, han seguido desde su origen el desenvolvimiento gradual y progresivo, en su múltiple civilización, según las distintas edades y en el rigorismo que les señala la ciencia prehistórica? ¿Pues, acaso, no vemos en el día, después de seis mil años cuando menos, que recorre la edad histórica, pueblos salvajes, que no tienen idea alguna de ilustración ni de sociabilidad?... El señor Fraas ha examinado los huesos y los utensilios sacados de la caverna de Hohlefels y también los extraídos de las de Suabia, y rechaza las divisiones hechas por los amantes de la ciencia prehistórica, y asegura de una manera formal que los habitantes de estas cavernas pertenecen á la época histórica.

Los sílex descubiertos en las cuevas de Pressigny, que tanto el abate Bourgeois como John Evans clasificaron de prehistóricos, han sido examinados por el señor Eugenio Robert, quien ha dicho que estas cuevas sirvieron para fabricar piedras de chispa á últimos del pasado siglo y principios del actual.

En los Congresos que celebran con frecuencia los sabios consagrados á los conocimientos prehistóricos, se hacen declaraciones importantes, que siempre favorecen al Catolicismo. En 1874 en el de Stokolmo, donde se reunieron más de 600 profesores, se disiparon las ilusiones del *hombre prehistórico* en el estado salvaje, de Bohúslan y Sodertelje y la de los esqueletos de Jarauall, declarando aquella ilustre Asamblea, que las primitivas tribus que poblaron la Suecia conocían el uso de la piedra pulimentada, el de los animales domésticos, el de los sepulcros megalíticos y hasta la inhumación: todo muy posterior á la época llamada del *reno*.

Los hallazgos en las grutas y cavernas, especialmente de Europa, que con tanto entusiasmo se describen, han dado motivo para suponer la existencia de una raza única de hombres salvajes sin ninguna clase de civilización, que se dijo era contemporánea de estos animales casi extinguidos y anteriores á toda tradición histórica.

En las descripciones que presentan muchos autores se nota cierta semejanza, una analogía tal, que en ciertos casos son casi idénticas. ¿Quién, al oír el relato de la gruta de Bélgica llamada *Trou de frontal*, no cree que se habla de la de Aurignac y viceversa? ¿Es que se busca este parecido de detalles para afirmar la identidad del suceso y de la época en que ambos se realizaron?

Cuando en Setiembre de 1880 repasamos el original de este capítulo, se hablaba con gran entusiasmo de un nuevo hallazgo. Las provincias vascas (España), eran en aquel entonces objeto de serios estudios y sorprendentes descubrimientos. Se reconocieron las cuevas de Aizquiri y Aranzuzu en Guipúzcoa, y parece que los entusiastas exploradores quedaron satisfechos de sus trabajos. Restos de animales que ya no existen, objetos raros, y sobre todo las indispensables *hachas* de sílice coronaron las esperanzas de los sabios. Empero lo más sorprendente, lo que ha llamado la atención, lo que ha inundado principalmente de alegría el corazón de estos ilustres profesores ha sido el descubrimiento *magno* de la *Cueva de Altamira*, próxima á Torrelavega, jurisdicción de Santillana, provincia de Santander. Ya no son osamentas ni piedras de figura de hacha lo que se encuentra; la famosa cueva ofrece ahora, además de los huesos de animales y otros objetos que podemos llamar sin escrúpulo vulgares, presenta, decimos, *pinturas y diseños* que representan animales que existían antes del periodo cuaternario.

No olvidemos que el sabio señor Lartet, que hoy sirve de norma á esta

clase de exploraciones, allá por los años de 1864 encontró en la estación de Madalena varias pinturas de animales extinguidos. Parece que aquella piedra hallada en la gruta de Massat en el Perigot ha perdido una buena parte de la importancia que le dieron.

Por supuesto que la *Cueva de Altamira* se encuentra entre una *caliza terciaria*, como dicen, que todo el mundo puede reconocer. Hoy, que tanta importancia se concede á esta formación, es casi indispensable esta advertencia.

Estas pinturas se hallan en *oscuras* bóvedas de una porción de sus galerías, y la principal contiene hasta 23 figuras en la parte más despejada.

Empero debemos hacer notar que el artista presenta aquí las sombras, el colorido y el relieve; primero, dicen, fueron señalados con *punzón* ó silex, y luego se pintaron. Se indica que los colores debieron ser óxidos de hierro hidratados y carbon mezclados con sebo ú otra grasa.

Se reconocen muy bien una cierva, bisontes, jabalíes, bueyes silvestres, un caballo (perdido) y la cabeza de otro.

Y en un momento de placentero entusiasmo, exclama uno de sus admiradores: «Ya no son pinturas murales lo que la historia conoce, este hallazgo proporciona otras sobre superficies de piedra ásperas y desiguales: esto pertenece al mundo de los *trogloditas*.»

Nosotros no discutimos sobre un hecho que todo el mundo puede examinar por sí mismo; pero nos llama mucho la atención que el *artista troglodita* se pusiera á dibujar y pintar sobre una superficie desigual y escabrosa en el interior de una caverna que debía estar iluminada con luz artificial; probablemente pintaría de memoria. Observemos también que los animales allí pintados son todos de la época histórica, *muy histórica*, porque sólo se ven el ciervo, el caballo, el bisonte, el jabalí y los bueyes silvestres, animales que todos existen en la actualidad. Y si bien se indican restos del *Ursus spelæus*, esto, á nuestro juicio, no presupone que las pinturas sean contemporáneas de estos animales extinguidos, cuya época es anterior al terreno que generalmente se llama cuaternario.

En unos tiempos donde se dibujaba y se pintaba con la regularidad del contorno y fuerza del pulso, *siquiera fuese ejecutado con un punzón*, y el estudio de las sombras y batimientos dados con arreglo á la proyección de la luz, como allí se observa, en verdad que los hombres no deberían entretenerse en fabricar *hachas* de piedra ni vivir como fieras ó como salvajes. El hombre que dibuja y pinta no es incivilizado.

La idea del *troglodita* se opone á la de una civilización formada, y el dibujo y la pintura, por grosera que sea, indican un gran desarrollo intelectual. Si, con efecto, los contornos están ejecutados con *punzón*, tenemos ya la *siderin-*

gica á un alto grado de desarrollo y el oficio de cerrajero en boga, que son los industriales que se ocupan en fabricar estas piezas de hierro batido ó dulce.

Si el troglodita no es más que el hombre de la Etiopía que vive en los subterráneos y en las cavernas, aquellas pinturas pueden, quizá, haber sido ejecutadas por ellos; pero si con este nombre nos proponemos dar á conocer un hombre inhumano, bárbaro, cruel, que en el estado salvaje es antropófago y vivía antes de la creación adámica, entonces ya la cuestión cambia de aspecto y necesita de leales, francas é imparciales aclaraciones.

Por más que estas pinturas sean toscas y groseras se hallan ejecutadas con cierta libertad y franqueza en el contorno que aleja la idea aceptada de la sílice, y en ella se ve el estudio de las sombras. Los colores tenían que aplicarse con pincel ó brocha, y para ello debían estar incorporados á un intermedio y además hallarse perfectamente molidos. Este intermedio pudo ser agua, saliva ú otro líquido acuoso como los orines; una materia aceitosa, una grasa, ó tal vez el zumo de alguna planta. Este intermedio podía ser secativo ó no, y en este último caso se habrían perdido los tales colores por la injuria de los tiempos. ¿Qué razón había para que estos trabajos de arte se hicieran dentro de semejantes antros? Cuidado con asegurar que el contorno debió trazarse con un *punzón*. Esta prenda soltada al acaso, indica, cuando no otra cosa, mucho entusiasmo.

Á nosotros al estudiar la *Cueva de Altamira*, se nos ocurre preguntar: ¿no sería verosímil que en la serie de vicisitudes y trastornos que han sufrido las provincias vascas, nada más sino desde la dominación romana acá, se hubiesen sus moradores refugiado en estas y otras cavernas?

Recordamos haber leído que los pueblos de Cantabria, en la región de Santander, sostenían con fiereza su independencia y las águilas romanas no pudieron nunca penetrar en ellos. Mas confederados los cántabros, astures y gallegos para asolar las tierras de los vascos, murbogos y astrigones sufrieron las iras de Augusto, fueron perseguidos y cazados como fieras, hasta buscar la salvación de su existencia en las cumbres de inaccesibles montes, ó tal vez, escondiéndose en las profundidades de las cuevas y cavernas. Las legiones romanas se retiraron cuando creyeron que quedaban completamente exterminados. ¿No pudieron ser estos cántabros los habitantes de aquellos antros?

Y ¿por qué no suponemos también que estas cavernas pudieron ser los palacios habitados por los cristianos durante su larga persecución por los sectarios de Mahoma? ¿Qué razones militan á favor de los hombres prehistóricos? Allí en aquellas pinturas está representada una civilización, donde el sentimiento estético forma una parte muy activa. Además, ¿no nos dijo el ilustre y reputado literato señor Don José Amador de los Ríos, que en el pueblo vasco la idolatría alcanzó hasta el siglo X? ¿Por qué hemos de buscar la solución de

este problema en los tiempos oscuros y fabulosos, de los cuales no hay más que vestigios inconexos, datos dudosos, sobre los que se hacen suposiciones á cual más aventurada, inverosímil y repugnante? ¿No anunciaron los periódicos en enero de 1882 otra nueva cueva ó gruta llena de encantos y maravillas en Lichfield, Unión Americana, Estado de Kentucky? Con este los Norte-americanos poseerán seis antros notables. ¿Si será un nuevo *canard*, como otros muchos que nos han regalado aquellos entusiastas observadores?

Todos los sabios dicen que la civilización ha venido del Oriente, que la India fué la cuna de la humanidad, que el desarrollo de la inteligencia no fué simultáneo en la superficie terrestre, y que cuando el Asia y el Egipto se hallaban en su apogeo y por todas partes de su territorio brillaban las obras de arte y las prerogativas de una ilustración positiva, la Europa se encontraba en el mayor atraso y decadencia. ¿Se admiten estos principios como hijos de la experiencia y de un estudio profundo y reflexivo? Tal, al menos, parece deducirse de las observaciones que á través de los siglos han llegado hasta nosotros. Sin negar las atrevidas inducciones que pueden hacerse en diferentes conceptos, sin impresionarnos por pomposas descripciones, sólo llamaremos la atención del lector para que sea precavido y prudente, y con serena imparcialidad dé su fallo después de un meditado y detenido examen. El mismo L. Büchner nos ha dicho: «En los tiempos donde el aborigena europeo seguía las bestias feroces, ya en la otra parte del Mediterráneo, en la risueña comarca que riega el Nilo, florecían ciudades poderosas y espléndidas; todas las artes y las ciencias se cultivaban con esmero, un gobierno regular sostenía relaciones comerciales á lo largo de las costas mediterráneas, etc., etc.»

No es, por cierto, que impere en el mundo ese fanatismo ciego y tan decantado á favor de la autoridad científica. El hombre consagrado al conocimiento de los fenómenos naturales que sabe y conoce la lentitud pasmosa con que se alcanza la explicación de alguna ley de las que dirigen el mundo de la materia; que todavía no ve fijas y estables las bases del periodo geológico más próximo al hombre y que no se explican sino por suposiciones vagas los grandes cataclismos de las capas terrestres ó que se niegan las alteraciones bruscas, dejándolo todo á la acción lenta del tiempo; que sabe que hay quien pregunta si continúa aún el periodo cretáceo; que conoce, en fin, los repetidos desengaños sufridos y vacilaciones continuadas, se pára antes de aceptar de plano ideas y conceptos que su conciencia y sus estudios rechazan. Nadie pone en duda las respetables antigüedades de estos objetos prehistóricos, tanto más cuanto que los primeros tiempos del hombre sobre la tierra son muy oscuros. Para las gentes extrañas á la ciencia todo esto pasa desapercibido, ó se burlan del sabio que sacrifica su reposo, sus intereses y comodidades á tan arduos trabajos.

Cuántas veces hemos oído preguntar: ¿Qué bienes ni qué adelantos recibe la humanidad actual de que el hombre sea más ó menos antiguo, que fuese criado de la nada por la omnipotencia de Dios, como lo enseña la Revelación y la Iglesia católica, ó que le hubiese parido un animal cualquiera que haya salido de la tierra ó de las aguas?... Déjense de cuentos y patrañas, añaden, porque todas estas cosas hacen á los hombres del trabajo y á los hombres en general, más perversos, más faltos de probidad y más malvados para con sus familias (Histórico). Las 990 milésimas partes del linaje humano, y en ello no somos exagerados, miran con la mayor indiferencia esta clase de conocimientos, porque ninguno de tan propalados hallazgos mejoran y hacen más soportable la miseria que abrumba á la generalidad de los hombres consagrados al trabajo, ni proporciona á los ricos mayor número de placeres y regocijos.

Con efecto, mucho, muchísimo se ha abusado de los llamados hallazgos y descubrimientos prehistóricos; y sin ir á buscar ejemplos en el extranjero, puesto que los tenemos en nuestro país y en condiciones favorables para satisfacer la curiosidad de cualquier exigente, extraeré del viaje que en los últimos días del mes de noviembre de 1876 hice á la Cueva de los Murciélagos sita en las angosturas de Albuñol, provincia de Granada, la parte que tiene relación con estos estudios.

Y, á la verdad, que el libro publicado por el señor Don Manuel de Góngora y Martínez, intitulado: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, cuyo estudio crítico tenemos terminado, y donde se da á conocer por primera vez, entre otras, la *Cueva de los Murciélagos*, es más que un libro una *Memoria* bastante ligera, sin pensamiento ni plan preconcebido, que nada dice de provecho, nada enseña, y sólo contiene algunas vulgaridades sin valor alguno bajo cualquier punto de vista que se la estudie. Hasta el título es ridículo é inexacto, porque la hermosa Andalucía comprende *ocho provincias*, como hicimos observar en la nota última, cuyo estudio en el sentido prehistórico no puede ni debe reducirse á unos cuantos *cuentos* sin trabazón ni enlace que se relatan sobre un exiguo espacio de territorio de tres de ellas.

Mi viaje ó *Memoria* en la parte que se refiere á la *Cueva de los Murciélagos*, dice así (1):

«UN VIAJE Á ALBONDÓN Y SUS CERCANÍAS, VERIFICADO EN NOVIEMBRE DE 1876.—
(Alpujarra, provincia de Granada).

»Desde el año de 1869 tenía un deseo vehemente de visitar de nuevo la

(1) En esta parte de la obra, según una nota del autor puesta en los originales de la misma, debía insertarse un extracto de la *Memoria Viaje á Albondón y sus cercanías, verificado en Noviembre de 1876*, publicada poco después de haberse llevado á cabo. Pero habiendo el autor desgracia-

Alpujarra, y con especialidad el partido de Albuñol y jurisdicción de Albondón, que viene á formar una gran parte de las vertientes meridionales de la célebre Contraviesa, deseo que para mí era una pesadilla.

»Conocía la Sierra de Gador, la de Lújar y la de Almiñara en todos sentidos y direcciones, muchas veces las había recorrido; pero esto no era suficiente, semejantes viajes no aclaraban ni mucho menos disipaban mis dudas; era indispensable emprender una nueva correría, era de absoluta necesidad visitar otra vez la renombrada Contraviesa, porque los viajes pasados no explicaban la pesadilla presente.

»Esta pesadilla, este deseo provenía de haber estudiado con algún detenimiento una *lujosa publicación* en la que, entre otras cosas, se daban á conocer, aunque de *referencia*, hallazgos y descubrimientos de alta importancia para la ciencia, los cuales habían tenido lugar en aquellos terrenos, y que con una benevolencia nunca vista, excitaron la curiosidad general y llamaron la atención de personas doctas é ilustradas, y lo que es más, de elevadas Corporaciones literarias, encontrando eco también en el Gobierno supremo. ¿Qué otra cosa se podía desear?

»Esto probará, si otros muchos ejemplos no lo hubiesen justificado ya, que nuestros Gobiernos, sea cual fuere su color político, están siempre propicios en proteger y auxiliar cualquier descubrimiento que se les presente; así como los altos Cuerpos científicos y literarios, centros activos de nuestra civilización, no perdonan medio alguno para patrocinar con hidalguía todo descubrimiento, haciendo, cuando lo creen preciso, importantes *sacrificios* pecuniarios.

»Empero, para nosotros que conocíamos regularmente el terreno, todo cuanto se describía en el *lujoso y elegante libro* era extraño y sorprendente, para nosotros todo cuanto se relataba era enigmático y misterioso, para nosotros, en fin, todo aquello era inverosímil y hasta alcanzaba al ridículo.

»En vano queríamos darnos razón de tan venturosos hallazgos, en vano buscábamos en nuestra mente algún recuerdo que nos proporcionara datos y noticias para ilustrarnos. Bajo cualquier aspecto que pretendíamos analizar aquellos descubrimientos, siempre la *duda* venía á nublar nuestro entendimiento, y sólo alguna reminiscencia conservábamos de un *cuento* ó *historieta*,

damente bajado al sepulcro cuando estaba muy adelantada la publicación de la obra sin haber podido hacer el extracto que se proponía, hemos creído más conveniente trasladar íntegra dicha Memoria, á pesar del tono familiar, festivo y hasta algunas veces irónico que en ella campea y de los detalles que pueden parecer superfluos que contiene, que resumir nosotros mismos aquel trabajo, exponiéndonos á omitir alguno de los datos verdaderamente importantes bajo el punto de vista científico que en el mismo se consignan. (N. del E.)

que años había se contó entre amigos, y que, á nuestro juicio, no pasaba de ser una confianza amistosa.

»Recordábamos también que habíamos doblado varias veces el puerto de la Ragüa (Ravaha), pasando por Ferreira, en el Marquesado del Zenet, para venir á parar en el pueblo de los Bérchules ó en el de Picena: que en otras ocasiones atravesamos el puerto de Güéneja, saliendo de este pueblo ya entrado el día, y con el beneplácito del célebre salteador de caminos Antonio Murillo pudimos llegar sanos y salvos á El Laujar, para luégo recorrer la solana de Alfondón y estudiar el manto de galena (sulfuro de plomo) que explotaban las minas llamadas el Tarquín, el Judío, el Zuzón y otras; que desde Fiñana fuimos á Almería, ya por la margen del río pasando por Nacimiento, ya por Ohanes siguiendo el camino donde se halla situado el santuario de la Virgen de Tices, para bajar luégo por Canjáyar. Conocíamos perfectamente el barranco de Poqueira donde fuimos á reconocer las minas la Cueva de la Plata, la Giganta y la Nena, llegando hasta debajo del mismo picacho de Veleta; habíamos hecho el estudio de las aguas medicinales de Cástaras y con este motivo desde Orgiva atravesamos, una vez más, el trabajoso puerto de Jubija, seguimos por el río de Cádíar hasta el barranco, y luégo recorrimos los terrenos de Pitres para pernoctar en el histórico pueblo de Cádíar, que da nombre al río. Que en otra ocasión para ir á Albuñol seguimos por la rambla de Torbiscón, y dejando este pueblo á la izquierda, subimos la empinada cuesta de Barriales y doblamos la Contraviesa; que en cierta expedición nos dirigimos á Murtas por el barranco de los Blancos, que seguimos hasta el cortijo de Tarugo, donde saludamos á poco rato á *Encina-visa*, y continuamos el camino que nos condujo á dicho pueblo. En distintas excursiones de Cádíar habíamos ido á Ugijar, y de éste á Berja; de Berja subimos á la Sierra de Gador y sentamos los reales con nuestro particular amigo el señor Don Ramón Barroeta (padre), en la fábrica ó boliche que tenía en el barranco de los Caballos, para descender después á la villa de Adra; que allá por los años de 38 y 39 y posteriormente, habíamos visitado las ricas y abundantes minas llamadas de Berja, la Pura, San Adrián, el Ronco, Yegen, Santa Rita y otras; y últimamente, de Almería viniendo por la costa, nos detuvimos en Adra, no sin que dejáramos de ver los riquísimos y abundantes baños medicinales de Guardia Vieja, que habíamos analizado con el señor Romero su director facultativo; y de Adra nos dirigimos á la Rábita y Albuñol parándonos algún tiempo para examinar algún criadero plomizo ú cobrizo de aquellas inmediaciones que, en verdad, no ofrecían gran interés. Estas indicaciones hechas á la ligera, probarán á nuestros lectores, que conocíamos perfectamente la Sierra de Gador y la Alpujarra con todas sus dependencias.

»En estas repetidas excursiones, que comenzaron por los años de 1816 y han terminado en Noviembre del 76; en estos frecuentes viajes, hasta el año 60, casi siempre fuimos acompañados de nuestro malogrado amigo, discípulo y compañero, el señor Don José Barroeta y Marqués, que murió siendo catedrático de Física y Química del Instituto de Córdoba; y á la verdad, nunca oímos hablar de descubrimiento alguno prehistórico que tuviese la menor relación con el venturoso hallazgo que tanto ruido ha hecho después, verificado en la llamada *Cueva de los Murciélagos*, situada en las angosturas de Albuñol.

»Ya habían transcurrido algunos años cuando oímos con sorpresa y admiración, relatar los estupendos hallazgos prehistóricos que habían tenido lugar en tiempos anteriores en la olvidada *Cueva*, que ahora, por una evolución de un caballero de Albuñol, tomaba el nombre de los *Murciélagos*, y que para nosotros, y sobre todo para la gente del país, se conocía con el nombre de *Cueva de las palomas* y luégo del *Polvorín*. Empero sea de ello lo que quiera, que el nombre no ha de cambiar ni mucho menos alterar la veracidad de los hechos, lo cierto es, que todos estos nuevos descubrimientos se contaron de *referencia* en forma de CUENTO en el gabinete ó tienda de campaña del Café de la Alameda de Granada (este café hoy no existe, pero sí la fonda); se contaron de *referencia* también años después en el *lujoso y bien impreso libro* á que antes hemos aludido, y de *referencia* nos lo cuenta asimismo el Excmo. señor Don Pedro Antonio de Alarcón en su instructiva y entretenida obra intitulada: LA ALPUJARRA: *sesenta leguas á caballo precedidas de seis en diligencia*.

»Nuestros lectores serán tan benévolos que nos permitirán hacer un poco de historia, siquiera sea para que sirva de luminar en este llamado descubrimiento. Es lo cierto, que en aquella salita, gabinete ó tienda de campaña del nombrado Café de la Alameda de Granada se reunían diariamente, años atrás, varias personas, todas amigas y de confianza íntima, en derredor de dos ó tres mesas, donde se hablaba de todo menos de la candente y resbaladiza política. En esta especie de tertulia ó reunión diaria que se disolvió después, y de la que por desgracia han desaparecido algunos de los individuos que asistían con puntualidad, se entablaba conversación sobre ciertos temas de ciencias y literatura, se hablaba de historia y bellas artes, se daba cuenta de descubrimientos arqueológicos y numismáticos, de viajes, y á decir verdad, se conversaba acerca todos los ramos del saber humano, y algunas veces teniendo á la vista revistas y periódicos extranjeros, ora ingleses, ora franceses ó alemanes. Era aquella reunión una pequeña asamblea científica, un jurado compuesto de personas ilustradas, entre las que se contaban catedráticos de la Universidad é Instituto, profesores de la escuela de Nobles Artes y de la Normal de Maes-

tros y otras no menos distinguidas y bien reputadas en la república de las letras y de los estudios prehistóricos.

»Recordamos perfectamente, que muchas veces se dibujaban sobre la losa de mármol, mil caprichosas caricaturas, adornos á cual más atrevido, paisajes, ruinas y multitud de juguetes que daban motivo y eran objeto de animada y sostenida polémica. En varias ocasiones sobre un papel encontrado al acaso, ó suministrado con cuidadosa solicitud por uno de los concurrentes, se bosquejaba un caprichoso paisaje, en el que sobresalía un grupo de rocas, una cueva ó caverna que enseñaba su enorme boca de infierno, ó un voluminoso canto rodado, y que de todo esto, completándolo según las indicaciones de *alguno* de aquellos señores *para buscar mejor efecto*, ó del mismo artista tal vez, resultaba en definitiva un frondoso ó solitario país, donde se descubría un inesperado *dolmen*, un majestuoso *monolito*, un *megalito* ad hoc, un soberbio *barrou*, ú otra cosa así parecida á lo que cuentan que recuerda y da á conocer las primeras edades de nuestra misera humanidad sobre la superficie de este pícaro y descreído globo que llamamos Tierra.

»Pues bien; en aquella diaria reunión, que solíamos frecuentar alguna que otra noche, á pesar de honrarnos con la amistad de todos, fué donde oímos relatar por *primera vez* el consabido CUENTO de los hallazgos y descubrimientos de la olvidada Cueva de las Palomas, que ahora adquiriría el nombre de CUEVA DE LOS MURCIÉLAGOS.

»Al principio escuchamos aquel relato como otros muchos con la mayor indiferencia y desdén, y aun lo considerábamos como lo que era; un CUENTO fraguado para llamar la atención de alguno de los concurrentes, y pasar un *gran rato*, como suele decirse, entre buenos amigos; hasta cruzó por nuestra mente lo sucedido al venerable profesor señor Beringer; creíamos, en verdad, que era una broma, como la que se dió á este sabio y que le costó la vida. Y así seguíamos en esta persuasión y hasta llegamos á olvidarlo por completo, cuando en 1868 tuvimos noticia de que bien lejos de ser una *filfa* ó un *canard andaluz*, había tomado cuerpo la olvidada *Cueva*, hacía mucho ruido en altas regiones y era la alegría de varios sabios así naturalistas como literatos.

»Y en medio de la forma fantástica que se daba al asunto, después de transcurridos tantos años y de la veracidad con que se describía la misteriosa *Cueva*, que llegó á constituir para aquellos buenos señores una verdad incontestable, un hecho fuera de toda duda, una realidad tangible sobre la cual era inútil toda contestación y que arraigó en el ánimo de personas doctas y serias que probablemente ninguna tenía que pasar á Alpujarra para confrontar el hecho. Nosotros siempre sentíamos aquel primer *no se qué* de desconfianza, que no podíamos desechar, y cierta repugnancia para admitir cuanto se decía,